

¡Atrapan al ladrón!

En la carnicería del barrio “Las Flores” estaba todo el mundo exaltado. El carnicero caminaba de aquí para allá con las manos en la espalda emitiendo gruñidos y resoplando.

— ¡No puede ser! Esos chorizos eran para un pedido. ¡Qué barbaridad! ¡Qué llamen al comisario! ¡Esto no puede quedar así!

Al cabo de media hora entraron el comisario y un ayudante con una máquina de escribir bajo el brazo.

— Buenas tardes... — dijo el comisario.

— Buenas serán para usted — contestó el carnicero. Y señalando a un grupito de personas agregó: — Ellos son testigo de lo que pasó.

El comisario ordenó al ayudante que les tomara declaración y fue a mirar la “escena del crimen”. En primer lugar se adelantó una frágil viejita que dijo:

— Era un perrazo enorme, con una boca muy grande... De pelo largo y negro, con algunas manchas marrones. ¡Y sus ojos brillaban feroces!

— No. ¡No! No, oficial. El animal no era así — interrumpió un señor joven —. Era un perro más bien chiquito, de pelo largo, negro y marrón, de raza común, de la calle... parecía un animal joven.

Luego declaró la señora de Pérez:

— Me llamó la atención que el perrito tenía un lindo collarcito, eso indicaba que debía tener dueño. Además estaba limpio, con el pelo brillante, bien cuidado. Era mediano, de color negro, patitas marrones y una mancha de igual color en el pecho. Parecí buenito...

El pequeño Santiago declaró entusiasmado:

— ¡Fue divertido! El perro entró, saltó con una agilidad bárbara y se fue rápidamente. No era muy grande, más bien mediano. Casi no lo vimos... Tenía las patas marrones... Parecía un perro joven, casi un cachorro... ¡Ah! Le pude ver los ojos: eran brillantes ¡se reía!

Y... no sé... — dijo el siguiente testigo, un adolescente rockero con cara de distraído y escuchado música por su celular — Tenía patas... una cola... las orejas...

— ¿Cómo era el pelo? — preguntó el ayudante —. ¿Y la raza?

— ¿El pelo? Sí, pelo tenía, pero... ¿¿RAZA?? ¡Qué sé yo!

— Comisario — informó desalentado el ayudante —, ¡es imposible saber cómo era el perro!

— No se preocupe, García. En realidad no es tan difícil. Solo hay que comparar lo que dijeron los testigos.

Entonces los policías se pusieron a leer los testimonios.

El comisario trataba de imaginarse el aspecto del ladrón. “Caramba”, pensó de pronto, “se parece a mi perro”. Preocupado, corrió a su casa. Su sospecha era fundada: en el patio, Bendi comía feliz una tira de chorizos.